

Madrid, Casa de América, 12.11.2008
PRESENTACIÓN PÚBLICA DE SERGIO CHEJFEC
Por Patricio Pron

El crítico y escritor argentino Damián Tabarovsky ha afirmado recientemente que la de Sergio Chejfec es “una de las obras más radicales, agudas, complejas y eruditas de la literatura argentina contemporánea”. Esa obra comienza con *Lenta biografía y Moral* (ambas de 1990) y continúa con *El aire* (1992), que transcurre en una Buenos Aires en la que el dinero ha sido reemplazado por el vidrio, los barrios de chabolas se apiñan en las terrazas de los edificios, las plantas silvestres invaden la ciudad y Buenos Aires es recorrida por marginales en busca de botellas, *Cinco* (1996), *El llamado de la especie* (1997), *Los planetas* (1999) y *Boca de lobo* (2000), además de *Los incompletos* (2004), que explora la incomplitud total como motor de la escritura, en este caso a través de unas postales que el protagonista de la novela le envía desde Rusia al narrador, quien debe reconstruir con ellas (a menudo de manera contradictoria y vacilante) los recorridos y las acciones del personaje y *Baroni: un viaje* (2007), que narra el encuentro de un narrador con la artista popular venezolana Rafaela Baroni y es, esencialmente, un relato ensayístico sobre Venezuela. El elemento unificador de todas estas novelas es una radical objeción de las convenciones narrativas básicas, una revolución de la forma novelística y la exploración de temas a menudo considerados no literarios, como la levedad, los objetos, la mirada o la incertidumbre. Se trata, en palabras del crítico Rafael Castillo Zapata, de “relatos de pensamiento, activados a partir de un prolongado soliloquio reflexivo de personajes casi siempre cavilosos, narradores introvertidos que despliegan la anécdota como si se tratara de un acertijo” a través de la “descomposición micrométrica, minimal, de un acontecer que se fractura en pequeñas partículas elementales, breves células accionales interrumpidas constantemente por un excursus reflexivo, minados de paradojas y aparentes contrasentidos”. Chejfec es autor también de los libros de poemas: *Tres poemas y una merced* (2002) y *Gallos y huesos* (2003), y del libro de

ensayos *El punto vacilante* (2005) y ahora también de esto que, a título provisorio llamaremos una novela: *Mis dos mundos*.

Mis dos mundos comienza de la siguiente manera: “Quedan pocos días hasta un nuevo cumpleaños, y si decido comenzar de este modo es porque dos amigos a través de sus libros me hicieron ver que estas fechas pueden ser motivo de reflexión, y de excusa o de justificación, sobre el tiempo vivido” (5). El comienzo es, pues, no muy diferente del de otras novelas que en los últimos tiempos han constituido lo que la crítica ha denominado el “giro autobiográfico” de la literatura argentina. Sin embargo, el énfasis está puesto aquí no en el cumpleaños en sí, que sólo es motivo, excusa o justificación, sino en “el tiempo vivido”. La tarea, desde luego, es desmesurada: ¿cómo recuperar el tiempo vivido de otra forma que no sea viviéndolo, siquiera una parte de él? A sabiendas de esta imposibilidad, el narrador se limita a reflexionar sobre un acontecimiento muy específico de su vida, casi insignificante: una visita a un parque en una ciudad del sur de Brasil. El narrador se detiene en detalles, comentarios y digresiones cuya relevancia e interés, se superponen sobre la irrelevancia y la falta de interés del asunto que los motiva: una estancia de unos días en una ciudad del sur de Brasil, la búsqueda de un parque en la periferia de esa ciudad y finalmente su visita. El relato adquiere así la forma de una caminata, “una forma de arqueología superficial, que por lo general me resulta sumamente instructiva y en cierto modo conmovedora, porque se trata de considerar indicios modestos, irrelevantes y hasta azarosos, todo lo contrario de la definitiva pertinencia de las observaciones científicas” (38). El narrador no es un flaneur; puede incluso que el tono general de desesperanza provenga del hecho de que, a diferencia del personaje baudelaireano, el narrador de Chejfec sabe que no encontrará ninguna revelación durante su caminata: “No ha sido en mi caso como en el pasado, cuando los caminantes sentían reencontrarse con algo que sólo se ponía de manifiesto en el trance de andar, o creían descubrir aspectos del mundo o relaciones en la naturaleza hasta ese momento ocultas. Yo nunca encontré nada, sólo una vaga idea de lo novedoso o lo diferente, por otra parte bastante pasajera. Pienso ahora que caminé para sentir un tipo específico de ansiedad, que llamaré ansiedad nostálgica, o nostalgia vacía” (55). Lo que el narrador de *Mis dos mundos*

encuentra durante su paseo es otra cosa: un público inesperado compuesto por barcas con forma de cisnes, peces y tortugas, el recuerdo de las pinturas del australiano William Kentridge, que grafica con líneas puntuadas los ángulos de visión de sus personajes, y un sentido para la escritura. “Durante mucho tiempo consideré la escritura como una labor privada, que sin embargo debe hacerse pública en algún momento porque de lo contrario sería muy difícil que subsista, en particular y en general. Pero la vergüenza no sólo derivaba de dedicarme a algo privado ante la vista de todos, sino también de hacer algo improductivo, una cosa medianamente inútil y bastante banal. [...] Por lo tanto mi principal preocupación no pasaba por superar mis defectos y mis insensatas ilusiones de escritura, sino por no ser descubierto. A eso se reducía la vida, podía decir, mientras me acercaba a un cumpleaños crucial: a no ser descubierto” (121-122). Bueno, se puede decir que los peores temores de Sergio Chejfec se han confirmado aquí: con la publicación de *Mis dos mundos* la editorial Candaya lo ha descubierto para los lectores españoles. Y lo único que resta, por lo tanto, es el puro placer de la lectura que, como los dos mundos del narrador de esta novela, se debate entre “la inmovilidad, la espera y todas las situaciones relacionadas, por un lado, y las acciones y los intercambios con el prójimo, por el otro” (127).

La crítica argentina Beatriz Sarlo ha escrito recientemente que “En *Mis dos mundos* Chejfec lleva a un límite cualidades de su narrativa anterior. Escritor recatado y enigmático, excéntrico por originalidad de lo que hoy es la literatura, Chejfec alcanza una especie de tranquila soledad en el espacio nervioso de las novedades literarias. Se tiene la impresión de estar frente a un escritor completamente libre de cálculo, que confía encontrar sus lectores sin salir a buscarlos. Impertérrito, Chejfec escribe”. A lo que sólo se puede agregar que, allí donde su narrador vacila y duda sobre lo que está narrando o se pregunta cómo hacerlo, Chejfec, en el fondo, no se lo pregunta jamás. Si alguien sabe cómo contar en la literatura argentina, ése es Sergio Chejfec.